

CAPÍTULO

1

DE **GUERRA**
A **GUERRA**



Orígenes y contexto

Durante la Gran Guerra los ingleses no solo desarrollaron los primeros carros de combate, también dieron forma al primer esbozo del Arma Acorazada como tal. En 1916, tras los primeros combates en los que intervinieron los tanques, se organizó el Royal Tank Regiment, poco después de la batalla del Somme. Inicialmente los soldados asignados al manejo de los LandShip, los venerables Mark I, fueron adiestrados bajo las órdenes del Arma de Artillería, ya que estos vehículos eran vistos como artillería de apoyo en movimiento. Dado el carácter específico de esta nueva unidad, funcionó de forma bastante independiente, bajo el eufemismo de Sección Pesada del Cuerpo de Ametralladoras. En 1917 se organizó de forma oficial el Tank Corps y, hacia el final del conflicto, esta agrupación tenía bajo su mando 26 batallones acorazados a las órdenes del entonces coronel Hugh J. Elles.

Elles mantuvo una dura lucha dentro del ejército británico para mantener la independencia de su Arma, y abogó duramente por un uso en masa de los carros, a fin de evitar el desperdicio de sus recursos de forma fragmentada, como sucedería en los primeros combates en los que intervinieron los tanques. Fue gracias a sus constantes peticiones que los carros ingleses pudieron por fin combatir de forma concentrada bajo sus órdenes durante la batalla de Cambrai, en noviembre de 1917, donde, si bien las tropas británicas finalmente no fueron capaces de aprovechar la ruptura lograda con el empleo de casi 400 Mark, Elles pudo demostrar la eficacia de la nueva Arma de forma incontestable. O eso creía él.

Al finalizar el conflicto el ya general Elles pasó a dirigir la instrucción de las tropas acorazadas en los acuartelamientos e instalaciones de Bovington, mientras que el Tank Corp era reducido a unos efectivos de cuatro batallones y la mayor parte de sus vehículos eran desguazados o vendidos. Al final de su carrera al frente del TC, Elles fue destinado al mando de la 9.^a Brigada de Infantería, y el TC iniciaría su penosa y peculiar travesía



Hugh J. Elles en 1917 (Retrato de William Orpen).

por el desierto, durante la cual tendría que luchar por su misma existencia contra una increíble maraña de obstáculos, a través de los cuales tomarían forma la doctrina y los medios con los que Gran Bretaña entraría en el siguiente conflicto mundial.

El escenario menos favorable

Para entender la oposición a la que se tuvo que enfrentar el Arma Acorazada en el periodo de entre guerras, no solo en Gran Bretaña, sino en otras naciones como Francia, hay que entender que los estamentos militares, en general, son profundamente conser-

vadores, y en el caso inglés ese conservadurismo se veía aún más acrecentado por la psicología imperial y el tremendo apego a las tradiciones de la sociedad británica, o mejor dicho, de la clase alta británica de la que se nutrían tanto el generalato como la administración. Un concepto tan revolucionario como el de la guerra acorazada difícilmente encajaba en una mentalidad que consideraba como prioritario el restablecimiento del status quo imperial anterior a la Guerra, como si fuera posible darle la vuelta al reloj.

Por otra parte, a la enorme dificultad de imponer una idea nueva en un estamento casi cerrado al cambio hay que sumar un importante factor psicológico: el tremendo peso, la losa que supondría para la sociedad británica la carnicería de las trincheras. Casi 800.000 soldados del Imperio cayeron durante la contienda, junto a una cifra de civiles que se estima en torno al cuarto de millón, a los que habría que sumar un millón y medio de heridos y mutilados. Había poblaciones en las islas que directamente perdieron a todos los hombres en edad militar, debido a la costumbre de reclutar a los regimientos en una sola localidad, con lo que masacres como la de Passendale, donde regimientos completos fueron aniquilados, supusieron la muerte para muchas localidades pequeñas. No sería el único problema que aparejaría la política de regimientos, como veremos un poco más adelante. La guerra había mostrado toda su crudeza y horror durante cuatro largos años y la sociedad occidental en su conjunto, y la británica en particular, se cerraron a todo lo que tuviera que ver siquiera remotamente con un futuro conflicto. No era una pose, era el pacifismo lógico de quienes no querían ver a otra generación enterrada en el barro de las trincheras. Y ese pacifismo, entre otros caminos, eligió el de apoyar con fuerza el desarme, con lo que ningún gobierno se podría plantear gastos militares de envergadura.

En los años inmediatamente posteriores a Versalles se estableció una norma para calcular las necesidades presupuestarias de la defensa, la llamada Ten Years Rule¹, que consistió en decidir el gasto militar basado en la probabilidad de un conflicto de envergadura dentro de la siguiente década. Evidentemente un planteamiento así iba a afectar al desarrollo de nuevas doctrinas y sistemas de armas, ya que implementar una mejora tecnológica siempre sería más costoso que mantener el equipamiento al nivel actual.

Puede parecer, en la distancia, que la regla de los diez años era una muestra de ceguera, una suerte de juego del avestruz, pero era una consecuencia del monstruoso coste económico de la guerra, del que la nación tardaría mucho en recuperarse. Y no solo por el gasto en sí: la casi plena dedicación de la industria británica a la producción militar trajo consigo la pérdida de buena parte de su mercado de exportación, dejando un vacío que fue ocupado, en su mayor parte, por las exportaciones estadounidenses, y eso no iba a revertirse. En el aspecto puramente militar, la desaparición de la poderosa Armada del Káiser como enemigo supuso un parón a la carrera de construcciones navales iniciada años antes del estallido de 1914, pero el solo hecho de mantener operativa a la Royal Navy ya suponía un gasto tremendo, dadas las especiales condiciones a las que tenía que hacer frente Gran Bretaña, debido a su condición insular e imperial. Con unos presupuestos militares que, tras el drástico recorte a raíz del armisticio, no deja-

¹ *British economy between the wars*, GC Peden.

rían de menguar año tras año hasta 1935; quedaba muy poco margen de maniobra para explorar nuevas ideas. Sobre todo, porque esa misma condición insular llevó a dedicar una buena parte del gasto que no se empleaba en la Armada a la formación de la RAF (y una fuerza aérea, evidentemente, resultaba todo menos barata). Otro problema de cara a la implementación de medios acorazados era la necesidad de racionalizar los recursos disponibles para las misiones previstas tras el tratado de Versalles. Hasta la llegada de Hitler al poder, Alemania no fue vista como una amenaza, como lo había sido antes de 1914. Los escenarios más verosímiles en los años 20 eran las revueltas en los dominios y protectorados, el mantenimiento del orden interno en caso de que el comunismo se implantara con fuerza en Gran Bretaña o algún conflicto con la URSS al estilo de los enfrentamientos localizados del siglo XIX. La única zona donde podía tener lugar un enfrentamiento con los soviéticos era al noroeste de la India, en Afganistán, y dadas las distancias logísticas que implicaba una posibilidad semejante, y la casi impracticable naturaleza del terreno, usar tanques ahí no tendría sentido. Con esos escenarios en mente, y unos presupuestos cada vez más exigüos, parecía lógico centrarse en el mantenimiento de un ejército más orientado a acciones policiales que en disponer de una fuerza masiva y poderosamente armada como la desplegada por Gran Bretaña en 1918².

Por erróneos que nos parezcan los supuestos sobre los que se basó la política militar inglesa en los años 20 y primeros 30, no eran descabellados. Hubo tropas inglesas combatiendo en contra de los bolcheviques en los primeros años de existencia de la URSS, también hubo fuerzas británicas desplegadas en la ocupación de Renania, y se sucedieron diversos conflictos de baja intensidad en los territorios recién incorporados como consecuencia de la desmembración de los imperios derrotados, ya que buena parte de las posesiones alemanas y la casi totalidad del imperio turco pasaron a ser colonias o protectorados británicos. Había problemas en La India, en Irlanda, e incluso hubo una intervención en Persia que no cesó hasta 1921.

Lo dicho hasta ahora refleja el escenario social y económico de la inmediata posguerra, pero el panorama militar no era mucho más favorable. Al acabar la guerra europea, Gran Bretaña volvió a la política de tiempos de paz que había seguido a lo largo del último medio siglo: la doctrina Cardwell.

El problema regimental

El sistema Cardwell fue implantado por el ministro del mismo nombre en 1870, tras la conmoción que supuso para el equilibrio europeo la guerra franco prusiana. Previamente se habían producido varios conflictos que estiraron al máximo los recursos de Gran Bretaña, como la Guerra de Crimea y el alzamiento de la India. Y, además, el compromiso imperial inglés se había multiplicado al desaparecer la Compañía de las Indias, momento a partir del cual el gobierno de Su Majestad pasó a administrar los enormes dominios de Asia y a involucrarse en el *Gran Juego* con Rusia.

² *Victory or Defeat: Armies in the Aftermath of Conflict*, págs. 81 a 103.

En esencia, este sistema trataba de conciliar la necesidad de disponer de suficientes tropas para el sostenimiento del Imperio con la propia defensa del territorio nacional, tanto frente a un invasor como para garantizar el orden en el caso de que se repitiesen los movimientos revolucionarios de décadas anteriores, cuando incluso el trono de la Reina Victoria se sintió amenazado. Para ello se estableció como unidad básica del Ejército Británico el regimiento, siguiendo la política, como hemos mencionado anteriormente, de reclutar a los regimientos en una sola población, a fin de dar más cohesión a las tropas, sirviendo juntos hombres que habían crecido juntos. La oficialidad, igualmente, vivía su carrera en el regimiento, lo que convertía a esta unidad en la valedera y garante de las tradiciones militares.

Cardwell estableció que cada regimiento debía dividirse en dos batallones, sirviendo uno de ellos en ultramar mientras el otro formaba parte de las tropas de defensa nacional, el Home Army. El tiempo de servicio completo se redujo, estableciéndose un periodo posterior de disponibilidad de las tropas licenciadas con una pequeña compensación económica de modo que, aunque los soldados se reincorporaran a la vida civil (algo casi imposible en el sistema anterior, donde se llegaba a servir durante más de 20 años) era posible contar con ellos como reserva en caso de conflicto. A fin de evitar que el gasto militar fuera demasiado oneroso, se estimuló la política de defensa más o menos independiente de los dominios considerados seguros, como Australia, Nueva Zelanda, Canadá o, llegado el momento, La India, a fin de que esos territorios estuvieran guarnecidos por sí mismos, sin gastos adicionales para la Corona. No debemos olvidar que el precio de mantener el dominio de los mares en el convulso mundo de la revolución industrial se había disparado y la política inglesa de mantener una fuerza naval superior a la de las dos siguientes Armadas rivales juntas suponía un esfuerzo económico e industrial monstruoso.

Este sistema funcionó razonablemente en tiempos de paz, pero se vio llevado al límite durante la guerra anglo boer y tuvo que ser abandonado tras el estallido de la Gran Guerra. Con la vuelta a la paz en 1918 parecía lógico volver a adoptarlo, pero la realidad es que ya no respondía a las realidades de la guerra moderna e iba a suponer un serio lastre tanto para la política de defensa inglesa en sí como para la formación de un arma acorazada funcional.

Por una parte, como hemos dicho, este sistema establecía que debía haber en todo momento el mismo volumen de tropas en el Home Army que en los Dominios, lo que implicaba que en la práctica iba a resultar muy difícil formar nuevas unidades, ya que por cada batallón formado en Gran Bretaña, donde debería idealmente adiestrarse una unidad acorazada, debía seguirle el despliegue de una unidad equivalente fuera de las islas. Sin embargo, en los años 20 no parecía tener ningún sentido la presencia de tropas con carros de combate en ultramar, así que cualquier expansión más allá de los cinco batallones que conformaban el TC solo podría tener lugar a costa de desmantelar o convertir regimientos ya existentes. Dado que esos regimientos pertenecían a armas celosas de su legado, cualquier intento de transformar unidades ya existentes en nuevas agrupaciones acorazadas iba a encontrar una fuerte resistencia por parte de los mandos tradicionalistas.